

Conceptos operativos aplicables a la guerra moderna

Por el Coronel DALE O. SMITH

(De *Air University Review*.)

Es necesario revisar radicalmente las doctrinas que actualmente se siguen para librar una guerra moderna. Mientras no decidamos la manera exacta de librar una guerra moderna no podremos abrigar la esperanza de aprovechar lo más ventajosamente posible nuestros esfuerzos y recursos. Mucho hablamos de la guerra moderna; pero nuestros planes parecen indicar más bien que lo que esperamos es una repetición del pasado conflicto. Ahora bien; toda revolución en materia de armamento exige una revolución en materia de táctica. Los conceptos tradicionales que se tenían de las operaciones solamente deberán seguirse fielmente mientras sea posible su aplicación, de manera que puedan aprovecharse al máximo las posibilidades de nuestro armamento.

La guerra ha venido siendo tradicionalmente un forcejeo entre dos fuerzas armadas. Cada vez que un Ejército o una Marina destruía a su adversario, quedaba por regla general asegurada la victoria de la nación a la que pertenecía aquél o aquélla. Las guerras púnicas, las campañas napoleónicas (salvo la invasión de Rusia), la guerra civil americana y la guerra francoprusiana se desarrollaron de esta forma. De hecho, así se decidieron la mayor parte de las guerras que la Historia registra. Una excepción a esta forma tradicional de hacer la guerra la encontramos en el asedio, en el que uno de los contrincantes se mantenía a la defensiva mientras el otro se limitaba a sitiar la fortaleza o el país enemigo hasta que conseguía rendirla por hambre.

Otro tipo de guerra lo encontramos en lo que actualmente denominamos «guerra psicológica», consistente en recurrir a todos los medios posibles (salvo al conflicto armado) para debilitar la voluntad de resistencia del enemigo. A este tipo de guerra debió en gran parte Alejandro Magno sus victorias. La táctica, nada ortodoxa, pero en extremo eficaz,

que empleaban sus falanges infundió un exagerado temor que prestamente se fué extendiendo. Más recientemente, la invasión de Austria por Alemania (el «Anschluss») viene también a quedar encuadrada en este tipo de guerra.

El concepto que actualmente se tiene de la guerra exige recurrir simultáneamente a la táctica de la guerra de movimiento, a la de asedio y a la guerra psicológica.

La guerra económica constituye simplemente un medio de intensificar el asedio y reducir la eficacia combativa del enemigo. Ejemplos de táctica psicológica son la guerra política, las actividades subversivas y los «golpes de mano» o maniobras políticas de las naciones actuales. Por otra parte, el bombardeo estratégico constituye una táctica propia de la guerra de bloqueo o del asedio, por más que presente aspectos propios de la guerra tradicional y de la psicológica (de la tradicional, por el esfuerzo realizado para lograr la supremacía aérea; de la psicológica, por el carácter terrorista propio de todo bombardeo). El bombardeo del núcleo vital del territorio enemigo, cuando se lleva a cabo con el debido vigor, no solamente equivale a un asedio, sino que acelera la capitulación del enemigo. No solamente quedan interrumpidos los transportes hasta el punto de que ni siquiera es posible la distribución de alimentos, sino que en un corto período de tiempo todos los elementos que integran la economía nacional quedan gravemente afectados. Además, no hay necesidad de esperar a que la economía nacional se derrumbe plenamente al agotarse las reservas nacionales, como ocurre en un asedio a cargo de fuerzas de superficie, ya que no puede caber temor alguno de que un enemigo pueda soportar esta situación por espacio de mucho tiempo desenvolviéndose en un plano de autarquía económica. El bombardeo aéreo no solamente destruye gran parte de las re-

servas del enemigo, tales como petróleo, acero y productos manufacturados, sino también los medios empleados con relación a tales reservas (los transportes, las vías de comunicación y las fuentes de producción de energía). Lo que consigue es algo más que la simple destrucción del potencial bélico enemigo: llega a «matar» al país mismo.

En el transcurso de la segunda guerra mundial quedó plenamente demostrada la eficacia del asedio llevado a cabo mediante el bombardeo aéreo. A finales de octubre de 1944, toda la organización industrial alemana comenzaba ya a derrumbarse y todos los estudios e informes llevados a cabo después de terminada la guerra están acordes en cuanto a que Alemania ni siquiera hubiera podido sobrevivir como nación, aunque su ofensiva terrestre en las Ardenas hubiera alcanzado pleno éxito. En el Pacífico, el asedio a base de bombardeos aéreos y el bloqueo marítimo provocaron el colapso del Japón sin necesidad de tener que recurrir al combate directo en gran escala. El carácter decisivo del asedio desde el aire lo ha convertido en la táctica fundamental de la guerra moderna.

No obstante, puede tenerse aún alguna duda sobre el concepto del bombardeo estratégico. La larga serie de guerras ganadas principalmente mediante la lucha directa entre dos fuerzas armadas nos impide descartar totalmente aquel concepto. Es más; el asedio aéreo no fué lo que hizo posible ganar la pasada guerra, sino una combinación del asedio aéreo y el combate tradicional. Aunque generalmente se considera el asedio aéreo como el factor principal que interviene en la lucha, en muchas mentes existe la duda de si el carácter decisivo de tal factor se hubiera mantenido de no haber contado la Aviación con el apoyo que suponía el combate tradicional a cargo de fuerzas de superficie. En realidad, el asedio aéreo hubiera fracasado ciertamente de no haber ido acompañado del combate aéreo y del combate a cargo de fuerzas de superficie con vistas a la conquista de bases aéreas.

En la segunda guerra mundial se necesitó emplear mucho tiempo en preparativos, y aun actuaciones, para que el asedio aéreo demostrara su eficacia. Antes de que dicho asedio llegara a ser realmente eficaz, hubieron de transcurrir dos años y medio aproxima-

damente para organizar el poder aéreo necesario y su correspondiente apoyo logístico. Durante este período de preparación, el combate a cargo de fuerzas normales estaba, como es natural, a la orden del día. Se recurrió a la táctica ortodoxa porque se carecía de lo necesario para llevar adelante el asedio aéreo. Una vez iniciado el bombardeo aéreo en gran escala, las limitaciones propias del poder destructor de la Aviación exigieron que se llevaran a cabo operaciones «sostenidas», es decir, ataques repetidos para destruir un sistema industrial que no podía demolerse plenamente en el curso de un solo ataque, y que, en cambio, podía recobrase de los daños sufridos aprovechando la pausa entre dos ataques consecutivos y recurriendo a otros sistemas industriales. Tuvo lugar una verdadera carrera entre la actividad destructora y la labor constructiva, con un ligero margen favorable a la acción de la Aviación. Las atrevidas afirmaciones de los Jefes de la Fuerza Aérea en las que se pronosticaba que el enemigo quedaría sometido bien pronto, gracias a los ataques aéreos, quedaron sin confirmación. El enemigo continuó luchando tenazmente.

Los economistas expusieron la idea de que si en una nación enemiga podía desorganizarse plenamente, y, mediante operaciones continuadas, impedirse el resurgimiento de un sistema de objetivos «clave», se originaría con ello el derrumbamiento inevitable de un amplio sector industrial correspondiente a actividades muy diversas dependientes del producto-clave facilitado por el sistema destruido. Esta teoría fué llevada a la práctica; pero su exactitud tampoco pudo comprobarse, ya que se cambió a menudo de sistema de objetivos antes de que uno cualquiera de ellos hubiera quedado considerablemente malparado. La construcción y reparación de submarinos, la fabricación de cojinetes (rodamientos de bolas), el petróleo y los transportes fueron algunos de los principales objetivos atacados por la AAF en Alemania.

Por su parte, la RAF se dedicó por regla general a desencadenar ataques contra zonas urbanas desarrollando una campaña psicológica que no tuvo éxito, a pesar de que los resultados materiales de los bombardeos de la RAF contra los sistemas industriales fueron—según estudios realizados por los in-

gleses—tan eficaces, si no más, como los logrados por la AAF en sus bombardeos contra sistemas de objetivos. Como se pone de manifiesto en el informe del Mando de Bombardeo Estratégico estadounidense (United States Strategic Bombing Survey), cuando la industria alemana se derrumbó totalmente, este hecho se debió, no a la destrucción de un determinado sistema de objetivos, sino más bien a la amplia desintegración de toda la industria.

De todo esto puede sacarse la conclusión de que el asedio aéreo más eficaz se logrará atacando *simultáneamente* todos y cada uno de los elementos de crítica importancia que integren la economía enemiga. Esto dará por resultado una desintegración general de la industria, desintegración que, a su vez, impedirá toda posibilidad de reconstrucción. Si se destruyen simultáneamente las industrias del petróleo, transporte, producción de energía, productos terminados de importancia esencial y fábricas de armamento, la nación enemiga quedaría devastada en grado tal que resultaría del todo punto imposible toda obra de reconstrucción, ya que la capacidad del país para reparar los daños sufridos habría quedado igualmente eliminada. Cuando nuestras bombas se fabricaban teniendo que economizar las escasas disponibilidades de TNT (trinitroloeno), este concepto se prestaba a discusión, ya que no disponíamos de poder suficiente y habíamos de recurrir necesariamente a «objetivos-panacea», objetivo tipo «talón de Aquiles» y objetivos, en fin, cuyo bombardeo repercutiera rápida y gravemente sobre el complejo económico enemigo.

No pueden pasarse por alto las consecuencias estratégicas de la destrucción y los daños causados a la población en las zonas urbanas. En un país que ha alcanzado un alto nivel de especialización y en donde cada habitante probablemente sabe cómo realizar un determinado trabajo y sólo uno, los bombardeos pueden provocar una dislocación económica que excede a todo cuanto hubiera podido preverse. Tras un bombardeo atómico, es probable que no sólo las actividades económicas, sino incluso las políticas y sociales, quedarán interrumpidas en el interior de la zona urbana que la sufra. Hamburgo e Hiroshima constituyen dos ejemplos que habrá que tener en cuenta en el futuro.

Si todos los sistemas industriales de importancia primordial pudieran quedar destruidos en el curso de un solo ataque, de forma que resultara imposible toda reconstrucción dentro de un plazo previsible, parece poco menos que indiscutible que la nación enemiga moriría como lo haría un hombre al que una bala perforara el corazón, interrumpiendo el funcionamiento de su sistema circulatorio. En cosa de unos días el hambre se adueñaría de toda la zona urbana, ya que los alimentos y el combustible cesarían de afluir a la misma. Sin hogares y sin combustible, las gentes perecerían a la intemperie. Un Ejército en campaña que apenas iba a poder sobrevivir siquiera treinta días, enfrentado con el hambre y el agotamiento y consciente de la situación en que se encontrasen los seres queridos que había dejado atrás medio muertos de hambre y sin perspectiva alguna de resurgimiento, no sería un Ejército al que hubiera que temer. Ningún Ejército en toda la Historia ha sabido lo que es luchar con el vacío a su espalda. Un Ejército en estas condiciones entregaría sus armas, ya que habría perdido toda esperanza.

¿Puede lograrse un grado tal de destrucción mediante la Aviación moderna? En primer lugar, ningún bombardeo logró en la pasada guerra la destrucción material completa de la industria ni bombardeo alguno de los sistemas de objetivos motivó el que una industria determinada se derrumbara. No obstante, tras un largo período de bombardeos sistemáticos y continuos, los graves daños infligidos a gran número de industrias *si que ocasionaron* la bancarrota de toda la economía nacional. Como es natural, sería salirse de la lógica suponer que en el futuro pueda llegarse a una destrucción total, a una destrucción del ciento por ciento, aunque sea utilizando bombas atómicas pero lo que sí es probable es que el infligir graves daños a la totalidad de las industrias principales del enemigo se traducirá seguramente en el derrumbamiento de la economía nacional de éste. Un hombre o un país morirán desangrados en corto espacio de tiempo si se les inflige gran número de profundas heridas. Esto es lo que ocurrió en la segunda guerra mundial, y es de esperar que ocurra de nuevo en escala mucho más amplia y con mayor rapidez.

Suponiendo, prudentemente, que la bomba atómica tenga una potencia destructora doscientas veces superior a la de las bombas normales, 300 aviones B-29 podrían desencadenar sobre un país una fuerza destructora igual a la desarrollada por todos los bombarderos de la AAF en el curso de sus operaciones sobre Alemania en la pasada guerra. Como una fuerza integrada por 300 bombarderos es relativamente pequeña, aun comparándola con los efectivos utilizados normalmente en la pasada guerra, puede utilizársela completa en una sola operación. En esta cifra se han tenido ya en cuenta los factores representativos de la precisión, fallos y errores tomados en sus valores medios. Así, *con bombas atómicas, el poder aéreo ha aumentado en doscientas veces su eficacia con relación a la pasada guerra, y actualmente puede desarrollar en una sola operación una fuerza destructora equivalente a la que empleó en dos años, aproximadamente, de operaciones sostenidas.*

O, dicho de otra manera, una sola misión a cargo de 300 aviones B-29 viene a equivaler a dos años de operaciones continuas llevadas a cabo con arreglo a los cánones de la pasada guerra. Dos misiones de 300 bombarderos B-29 cada una, equivalen a cuatro años de bombardeo sostenido al viejo estilo; tres misiones, a seis años, y así sucesivamente. Parece, pues, que podemos muy bien revisar nuestro concepto de «operaciones sostenidas», y, sobre la base de esta revisión, corregir nuestros planes logísticos y tácticos. ¿Cómo puede imaginarse que tras bombardear al enemigo con una fuerza tal por espacio de un mes quede aún objetivo alguno en pie?

La siguiente cuestión es cómo podremos penetrar hasta nuestros objetivos. En ciertos aspectos, el problema será más difícil de resolver que en tiempos pasados. Las autonomías habrán de ser más del doble de las alcanzadas en la segunda guerra mundial, y en aquellos casos en que sea imposible obtener bases avanzadas, se cuadruplicarán. Para llegar hasta los objetivos será necesario atravesar una extensión de espacio aéreo mucho más amplio que la que en el pasado controlaba el enemigo; es posible que nos enfrentemos con una fuerza aérea de primera clase, y para poder estar seguros del éxito, habremos de imaginar que la oposición

que encontraremos será al menos igual a la presentada por la Luftwaffe en sus mejores tiempos. Por esta razón, al proyectar una futura operación de bombardeo atómico deberemos tomar como factores a introducir en el trazado de los planes de la lucha los correspondientes a la pasada guerra en aquellos momentos en que las circunstancias nos eran menos favorables.

Con los actuales aviones B-29 y B-50, operando desde bases avanzadas, pueden alcanzarse autonomías considerables en viajes de ida y vuelta. No hay duda de que podemos alcanzar cualquier objetivo si vencemos la resistencia enemiga. Ahora bien; hoy en día no es posible dotar a los bombarderos de penetración de una adecuada escolta de caza, por muy conveniente que resulte adoptar esta medida para reducir al mínimo los riesgos que corren aquéllos. Fácil es imaginar que el llevar a cabo prolongadas operaciones diurnas sin apoyo de la Aviación de caza podría tener por resultado el que el número de bombarderos perdidos fuera tan elevado que hiciera imposible continuar esta táctica. Como es natural, esto motivaría el que la guerra se prolongara por espacio de más de un mes hasta el día en que consiguiéramos el dominio del espacio aéreo. En este caso, el asedio aéreo se convertiría en combate aéreo.

Ahora bien; el elemento o factor «sorpresa táctica» que deberá ciertamente existir en el curso de la primera incursión de los bombarderos e incluso a lo largo de varias de las operaciones subsiguientes, debería compensar esta carencia de escolta de caza. Podemos señalar el hecho de que las primeras misiones llevadas a cabo contra Alemania por formaciones reducidas de bombarderos B-17 no se tradujeron en pérdida alguna por nuestra parte. En cambio, un año más tarde, una misión carente de escolta y cuyo objetivo era Schweinfurt, sufrió pérdidas que representaban un veinte por ciento de los efectivos que intervinieron en la operación y que se consideraron como prohibitivas. La organización de defensa necesita tiempo para adaptarse a la ofensiva debidamente, y la Aviación, disfrutando de la ventaja de la iniciativa, alcanza invariablemente el éxito. Los japoneses en Pearl Harbour, la incursión de Doolittle, la primera actuación de los B-29, los «blitz» aéreos desenca-

denados por los alemanes contra Polonia, los Países Bajos, Noruega, Grecia, Creta y los ataques iniciales contra Rusia, todos son ejemplos de la abrumadora ventaja que supone el aprovechamiento de la sorpresa táctica por la Aviación militar.

Sin embargo, para dar a nuestros cálculos mayores garantías de exactitud, vamos a suponer que las pérdidas asciendan a un veinte por ciento de los efectivos, elevando la cifra de aviones que integran nuestra fuerza a 370, con lo que queda aún número suficiente de bombarderos para destruir los objetivos perseguidos. Apenas puede imaginarse que vayamos a perder un veinte por ciento de nuestros aviones en el curso de la primera incursión. En la pasada guerra, nunca se utilizó un porcentaje tan elevado al confeccionarse los planes de operaciones y calcular el desgaste de las fuerzas. Un cinco por ciento era el porcentaje más ajustado a la realidad, y para eso, sólo cuando la oposición del adversario era en extremo fuerte. Es más; en aquellas escasas misiones en las que el porcentaje de pérdidas se mantenía en torno a un veinte por ciento, la mayor parte de los aviones se perdía después de que habían conseguido bombardear los objetivos que se les habían asignado. Invariablemente, las pérdidas eran más elevadas en el vuelo de regreso que durante el vuelo de penetración. De aquí que si utilizamos un porcentaje de bajas de un veinte por ciento, puede suponerse con todo fundamento que dicha cifra no será rebasada y que incluso la mayor parte de los aviones que se pierdan y no regresen a su base habrán logrado alcanzar sus objetivos.

Si suponemos que la ofensiva y la defensiva guardarán en la guerra aérea futura la misma proporción aproximadamente que se dió en la pasada, hemos de llegar a la conclusión de que será posible alcanzar los objetivos. Sin embargo, antes de suponer que la capacidad de penetración de los bombarderos sea la misma de siempre y tan elevada como en otro tiempo, hemos de responder a algunas preguntas: ¿Podrán reducir los proyectiles dirigidos, las espoletas de proximidad, los sistemas de alarma perfeccionados y la caza de reacción esta capacidad de penetración del bombardero moderno? ¿Se han desarrollado las mejoras de carácter defensivo al mismo ritmo de evolución y perfec-

cionamiento de la organización ofensiva? Examinemos por separado cada uno de estos avances técnicos y procedamos a su examen con relación a las fuerzas aéreas de defensa y de penetración.

La caza de reacción puede considerarse ya como en servicio («operativa»), en tanto que los bombarderos de reacción todavía se encuentran a punto de estarlo. ¿Quiere esto decir que el bombardero ha perdido terreno en la carrera de los avances técnicos? Posiblemente, sí; pero nuestro tema no lo constituye el progreso técnico en sí mismo como tal, sino el progreso táctico. La meta final consiste en llevar la bomba hasta el objetivo con un mínimo de pérdidas. ¿Es que el caza de reacción impide esto en mayor medida que lo impedía el caza normal provisto de hélice? Si el éxito de la penetración consiste en contar con una escolta de caza, la respuesta es afirmativa. La caza de reacción de la organización de defensa será indudablemente superior a la caza normal de gran radio de acción, y los cazas de escolta serán derrotados. Ahora bien; hemos quedado en que nuestra penetración no exigirá la presencia de escolta siempre que disfrute de la ventaja que le proporcionará la sorpresa táctica. ¿Resultará entonces el caza de reacción más mortífero con relación al bombardero que el antiguo caza de propulsión normal? Podemos dudar que sea así. De hecho, incluso es probable que el avión de reacción resulte menos eficaz.

Según el informe publicado en 1945 por la Evaluation Board (Oficina de Evaluaciones), de la AAF, «Desarrollo Táctico de la Octava Fuerza Aérea», en las últimas etapas de la pasada guerra el fuego defensivo de los bombarderos no resultaba muy eficaz. Por regla general, el bombardero sobrevivía porque su adversario no conseguía colocarle impactos, más que por derrotar de hecho a la caza enemiga. Una vez la caza cerraba contra el bombardero, éste podía darse por perdido, a menos, claro está, que el caza errase la puntería o abandonara la lucha. Por consiguiente, el peligro para el bombardero había que medirlo principalmente por las probabilidades existentes, de ser interceptado por un caza. Una vez iniciada una interceptación, el porcentaje de pérdidas entre los bombarderos crecía en razón directa al tiempo durante el cual el caza persistía en su ataque.

Teniendo en cuenta todo esto, ¿dónde está la ventaja de la caza de reacción sobre los bombarderos? Los aviones de reacción tienen un radio de acción menor que los aviones de propulsión normal y pueden mantenerse en el aire menos tiempo que éstos. Por ello el avión de reacción tendrá menos oportunidades de llevar a cabo una interceptación. Aun en la pasada guerra el envío de aviones de caza en misiones de interceptación de la Aviación de bombardeo estratégico constituyó a menudo un procedimiento ineficaz, ya que más de la mitad de los aviones enviados se quedaban sin gasolina antes de poder iniciar la interceptación. La misión realizada por la AAF el 12 de mayo de 1944 hasta Merseburgo y Brux constituye un ejemplo de cuanto decimos. Nuestras pérdidas fueron elevadas (46 bombarderos) y la interceptación enemiga fué un completo éxito. Sin embargo, sólo 180 cazas enemigos interceptaron a los bombarderos incursionistas de los 815, cuyas bases se encontraban a distancias desde las cuales hubieran podido participar en la operación. Trescientos cincuenta cazas enemigos volaban y se concentraban en las proximidades de Francfort; sin embargo, apenas un centenar de ellos participó en la interceptación.

Durante toda la guerra aérea desencadenada sobre Alemania gran parte de las horas de vuelo que se apuntaba la caza de defensa se invertía en vagar por el aire, formando y esperando a que el director («controllor») de la caza decidiera dónde enviar a los aviones para que procedieran a interceptar a la fuerza de bombardeo incursionista. Los encargados de la dirección de la caza conocían la posición, rumbo, velocidad y altura de los bombarderos enemigos; pero habían de adivinar hacia dónde se dirigían y si alterarían o no su rumbo. Además, habían de planear la interceptación de manera que se pudiera lanzar contra los bombarderos el mayor número de cazas posibles. Los «controllors», por tanto, no podían decidir inmediatamente, y mientras estudiaban la situación los aviones de caza volaban en torno a la base sin rumbo fijo.

Ahora bien; los aviones de reacción no se prestan muy bien a esto. Su consumo de combustible es mucho más elevado a velocidades reducidas que volando a gran velocidad. En el futuro, los encargados del control de la

caza habrán de lanzar rápidamente sus aviones de caza de reacción en misiones de interceptación. Al hacerlo así, no solamente se cometerán errores, cosa inevitable, sino que la caza se verá obligada a combatir contra los bombarderos en formaciones reducidas, ya que no se dispondrá de tiempo bastante para concentrar grandes masas de aviones de reacción para llevar a efecto ataques concentrados y potentes.

Una vez iniciada la interceptación, el caza de reacción disfrutará de menos oportunidades para alcanzar al bombardero con su fuego que las que se le presentaban al caza normal. La diferencia entre las velocidades desarrolladas por el caza y el bombardero será tal, que aquél no podrá mantener apuntadas sus armas contra este último tanto tiempo como podía hacerlo el caza normal. Por último, el caza de reacción pronto agotará el combustible y habrá de dar por terminado el encuentro mucho antes. En conjunto, y para resumir: el caza de reacción no derribará tantos bombarderos como el caza normal. El caza de reacción significa la muerte segura para el caza normal, porque aquél puede establecer contacto o romperlo con éste a voluntad; pero dispondrá de menos tiempo que el caza normal para derribar a un bombardero, y este factor tiempo salvará a muchos aviones de bombardeo que antes hubieran visto incapaces de salir del trance.

Ahora examinemos el problema de los proyectiles dirigidos. Poco sabemos con relación a los avances logrados en este campo de acción por los demás países rivales; pero, a juzgar por nuestra situación, poco hemos de temer a este respecto en el transcurso de los cinco o diez próximos años. Los proyectiles lanzados desde tierra contra objetivos aéreos todavía no están en servicio, y por ahora no hay por qué suponer que su precisión sea mucho mayor que la de la artillería anti-aérea de tiempos pasados. Lo que puede esperarse que mejoren algo son los proyectiles lanzados desde el aire contra objetivos aéreos (de avión a avión); pero como los bombarderos podrán llevarlos también, la pugna no verá alterado su equilibrio.

Apenas cabe la menor duda de que las espoletas de proximidad harán que la artillería anti-aérea resulte más temible que antes. Se ha calculado que si los alemanes las hubieran empleado nuestro porcentaje de pér-

didadas se habría cuadruplicado. Sin embargo, el que las granadas antiaéreas estallaran precisamente encima o debajo de los bombarderos era cosa que sólo ocurría en contadas ocasiones, y estos disparos solamente serían los que habrían de tener eficacia de utilizar espoletas de proximidad. Hay muchos que creen que suponer que la artillería antiaérea cuadruplicará su eficacia de emplear este tipo de espoletas, es un cálculo excesivamente pesimista. Es más; los bombarderos podrían dificultar la correcta actuación de las espoletas y «engañarlas». Es cierto que su eficacia podría quedar muy disminuída e incluso eliminada mediante la adopción de contramedidas. Los bombarderos volarán a mayores alturas y el enemigo habría de hacerse con artillería antiaérea mucho mejor que la que actualmente presta servicio, buscando su actuación eficaz a 10.500 metros de altura. Parece, por tanto, poco probable el que la artillería antiaérea, por mucho que se perfeccione, logre evitar las incursiones de los bombarderos.

Los americanos nos hallamos a la cabeza en materia de dispositivos electrónicos, y es sumamente dudoso que nuestros posibles enemigos lleguen siquiera a perfeccionar sus equipos y técnica de empleo de los mismos hasta el nivel alcanzado por nosotros al finalizar la pasada guerra.

Parece, pues, como si los nuevos progresos técnicos apenas hubieran aumentado las posibilidades de la defensa. De hecho, esta ampliación de posibilidades parece haber correspondido a la organización defensiva en todos los casos, salvo en el de las espoletas de proximidad. Por tanto, podrá sacarse la conclusión única de que una fuerza de bombardeo será capaz de penetrar las defensas, alcanzando los objetivos situados en el territorio metropolitano enemigo, así como que esta fuerza podrá también repetir su actuación hasta que la organización de defensa del enemigo logre adaptarse a la ofensiva. Pero para entonces las bombas atómicas habrán reducido a la nada todos los objetivos lucrativos.

Si admitimos que los bombarderos pueden alcanzar sus objetivos, y si admitimos también que pueden transportar una carga destructora en una sola misión, equivalente a los cientos de miles de toneladas de TNT que en la pasada guerra llovieron sobre los países enemigos, ¿por qué aferrarnos a la vieja doctrina de las «operaciones continuadas o

sostenidas»? Supongamos que nuestra primera misión fracasa. Entonces la repetiremos. Tal vez tengamos que volver cinco o seis veces hasta conseguir el grado de destrucción que deseamos. ¿Constituye esto realmente «operaciones sostenidas»? Ciertamente, no. Si una guerra futura se prolongara por espacio de más de un mes, ¿qué objetivos podrían quedar en pie para que los aviones normales los atacara con TNT? Seguro que los encargados de planear las operaciones difícilmente podrían encontrarlo. Sin embargo, actualmente damos la impresión de que hemos de planear operaciones con bombas normales para el caso de que fallen las operaciones con bombas atómicas.

El concepto de operaciones aéreas sostenidas exige la casi total movilización del potencial humano e industrial de un país; un amplísimo programa e instrucción de tripulaciones y personal de tierra y auxiliar; una producción gigantesca e ininterrumpida, a fecha fija, de armamento, aviones y material diverso; una completa organización para el abastecimiento de petróleo; una especie de gigantesco oleoducto integrado por centenares de barcos y trenes que lleven lo necesario a las bases avanzadas a través de vías de comunicación vulnerables; defensas terrestres y marítimas complicadísimas para asegurar nuestras comunicaciones ante posibles ataques enemigos y numerosas divisiones terrestres integradas por millares de soldados para asegurar la posesión de bases aéreas.

Recientemente la revista «Life» reflejaba gráficamente estos amplios requisitos logísticos, considerándolos como exigencia nominal, y en muchos sectores gubernamentales se hace referencia a ello, considerándolo como el necesario «equilibrio» entre las fuerzas aéreas, terrestres y navales. Estas falsas interpretaciones tienen su fundamento y las fomenta el que la Fuerza Aérea parezca creer que los bombardeos habrán de llevarse a cabo por espacio de un mes tras otro, de un año tras otro, a lo largo de un período ilimitado de tiempo, hasta que el enemigo se vea obligado a capitular. La labor constructiva para crear esta gigantesca máquina militar, de tan desmesuradas proporciones, exige años enteros.

Mucho antes de que este gigantesco esfuerzo haya comenzado a plasmarse en realidad a un ritmo todavía lento, habrá habido

tiempo de sobra para que cualquier guerra moderna se haya decidido ya. Sin embargo, continuamos aferrándonos a la premisa (ya pasada de moda) del bombardeo continuado. Los pocos que creen en la eficacia de los «blitz» atómicos gustan de continuar considerando el bombardeo normal como medio de aprovechamiento de los resultados de aquéllos. Al hacerlo así, se malogran las posibles grandes ventajas de una ofensiva atómica relámpago, ya que gran parte de nuestro esfuerzo nacional hemos de orientarlo hacia las operaciones sostenidas para hacerlas factibles (al menos en teoría). Nuestra fuerza ofensiva inicial queda por esta razón mutilada al no concentrarse sobre ella debidamente las energías de la nación.

La bomba atómica es algo real. Es un arma que está en servicio. Funciona. No puede dudarse en absoluto de su idoneidad para el combate. ¿Por qué hemos de volver entonces a considerar las antiguas bombas de TNT como último recurso, estropeando para siempre nuestros planes logísticos y tácticos con los preparativos y necesidades de las operaciones sostenidas?

Al obrar así gravamos nuestros presupuestos con unos gastos innecesarios, perdiendo lastimosamente el tiempo y situándonos en la misma escuela de lógica militar que en tiempos pasados constituyó feudo exclusivo de los detractores de la Fuerza Aérea. No dejemos que la ortodoxia nos ate. No continuemos planeando siempre la próxima guerra tomando como base la pasada; prefiramos mirar al porvenir e idear nuevas formas de empleo de nuestras armas decisivas.

El concepto tradicional de que las guerras tienen que ganarse siempre a base del combate directo entre fuerzas armadas ha obstaculizado seriamente el desarrollo de la Aviación, y actualmente continúa dificultando su marcha. Sin embargo, es evidente que un asedio aéreo que no solamente bloquee al enemigo, sino que destruya también sus reservas, su potencial bélico y sus mismos medios de vida provocará su capitulación. Sus fuerzas en campaña quedarán agotadas sin haber disparado un solo tiro. Este asedio aéreo presenta ventajas de índole psicológica de gran importancia para el atacante a causa de sus consecuencias y de la rapidez con que tiene lugar. El combate entre fuerzas aéreas adversarias solamente será nece-

sario hasta el momento en que puedan lanzarse bombas atómicas. Siempre que el ataque se desencadene con rapidez y potencia suficientes, el temor a las fuerzas de protección y el recurrir a falsas maniobras que engañen al enemigo ahorrarán incluso parte de este combate clásico.

Los objetivos serán las más importantes zonas urbanas del enemigo. En ellas se encuentra concentrada la industria de primer orden y vienen a constituir el corazón que impulsa la sangre del país por las arterias del mismo, en este caso representadas por las vías de comunicación. La destrucción de sistemas de objetivos pudiera parecer un procedimiento barato y humanitario de ganar una guerra; pero la experiencia demostró lo contrario y no podemos atrevernos a optar por una posibilidad tan dudosa.

Una vez iniciado el asedio aéreo con bombas atómicas, poco queda ya por hacer desde el punto de vista militar. Ciertamente será necesario llevar a cabo operaciones postbélicas, tales como las de ocupación del territorio enemigo y otras; pero para ello no será necesario recurrir a las operaciones de bombardeo dispuestas con arreglo a los cánones que privaban en la segunda guerra mundial. Si para imponer nuestra voluntad fuera todavía necesario recurrir al bombardeo, éste será igualmente atómico. No existe razón alguna para que continuemos obstinadamente aferrados al concepto, pasado de moda, del bombardeo sostenido, que actualmente tiene atados de pies y manos a los tratadistas militares.

Una vez libres de este grillete moral, de esta esclavitud intelectual, podremos concentrar todas nuestras energías en completar el concepto de «superblitz» aéreo, que decidiría claramente la guerra en el plazo máximo de un mes. Con ello quedarán eliminadas las exigencias tan tremendas de la guerra clásica, tales como las derivadas de la protección de bases, transporte, aprovisionamientos y producción de todo género. Tal concepto nos proporcionará las mayores probabilidades de éxito y ocasionaría en nuestros recursos nacionales tan sólo una pequeña sangría. Un «equipo» de combate en condiciones de actuar, una verdadera fuerza de bombardeo atómico, no sobre el papel, sino real, pueden lograr plenamente la victoria sin necesidad de tener que recurrir a suplentes ni sustitutos.